

BOTÁNICA

BIBLIOTECA CANARIA

INSULAR

José de Viera y Clavijo

La flora de Canarias

Catálogo de las plantas
peculiares del país

Prólogo

ANTONIO MACHADO CARRILLO



EL DIA



PRÓLOGO

de ANTONIO MACHADO CARRILLO

JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO (1731-1813), natural de los Realejos, hijo de alcalde, clérigo, arcediano, políglota, traductor, viajero, secretario de actas, profesor, ensayista, poeta, historiador, académico, empedernido lector, tertuliano y, también, naturalista, fue además de hijo de su tierra, hijo de su tiempo, el Siglo de las Luces. No hubo en Canarias mejor exponente de la Ilustración que don José de Viera, reconocido incluso por el Papa, quien le autorizó a poseer los prohibidos 39 volúmenes de *L'Encyclopédie*. Su afán por el conocimiento de la verdad, su erudición, su espíritu racional e inquieto y la necesidad de explicar las cosas, de dejar huella, le llevaron a producir una inmensa obra escrita, parte publicada y parte manuscrita. Este librito que ahora se reedita, salió a la luz pública por primera vez en los años cuarenta, casi siglo y medio después de su muerte.

A Viera y Clavijo se le conoce sobre todo por su producción histórica, pero como él bien decía —*«el uno,*

que es clérigo un poco naturalista»— también se interesó por el Reino de lo natural. Llama la atención que este interés es tardío, cuando, ya mayor, crea un gabinete científico muy al estilo de la época. Ocurre esto tras su viaje de 1781 a Europa, donde recibiera clases de Botánica a cargo de Valmont de Bomare, y con la perspectiva que da una larga vida, vivida a fondo y no sin cierto desencanto, según parece. Escribía Viera a los 80 años de edad: «...debes saber que todo hombre de juicio, después de haber corrido vanamente por los estériles sueños de la distracción, la ambición, la opulencia, la gula; por los de la política, las armas, las leyes, el comercio, la erudición, la heráldica, la..., no encuentra, si despierta de la pesadilla y se desengaña, otro puerto, ni otra bonanza, ni otra consolación, ni otra cosa sólida y de agradable estudio que la Naturaleza». Estamos completamente de acuerdo con Viera.

En la introducción a su voluminoso «Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias», concluido probablemente en 1810, explica: «*La historia natural de un país no es otra cosa que la descripción de sus sustancias y producciones en sus tres reinos, animal, vegetal y mineral; por consiguiente es el conocimiento exacto de lo que puede hacer el capital de sus particulares excelencias, riquezas y recursos. ¡Pero, cuántos nacen, viven y mueren en un territorio como el nuestro, sin conocer lo que ven, sin saber lo que pisan, sin detenerse en lo que encuentran!. Para ellos las plantas más singulares no son sino yerbas...*» Nuestro

ilustre enciclopedista combate la incultura reclamando el conocimiento racional y razonado de lo más cercano, de lo que nos es propio.

La obrita que aquí se presenta, fechada en 1808, es quizás un extracto de parte del contenido botánico del Diccionario, o tal vez sea previa y le sirviera de base (en 1788 el Marqués de San Andrés pidió a Viera que describiera las plantas canarias). Su título original reza: «*Catálogo de los Géneros y Especies de Plantas singulares de las islas Canarias, que acaso no se producen en otros climas de la Tierra, por lo qual las apellidan Plantas Canarias los autores botánicos en sus obras, reputándolas privativas del país*». En él se tratan de modo sucinto 53 especies vegetales, frente a las 139 del Diccionario, que también las incluye —con algunas excepciones (i.e. «Chrisocoma», la «Yerba buena arbórea») — pero con descripciones más detalladas y datos tomados de otras enciclopedias. Estas 53 plantas son las que Viera consideraba como propias del Archipiélago; las singulares, lo privativo, lo diferenciador.

Hoy sabemos que los endemismos vegetales canarios superan las 500 especies. Desde luego, la Ciencia ha avanzado extraordinariamente desde la época de Viera; han cambiado la mayoría de los nombres latinos y se han descubierto y descrito centenares de nuevas especies, como aquella hermosa y rara compuesta, única en su género, que habita exclusivamente en el macizo de Tenó y a la que los botánicos franceses Ph. B. Webb y

S. Berthelot pusieron por nombre *Vieraea laevigata*, en homenaje al insigne naturalista tinerfeño. Nada más apropiado para quien predicaba: «Abrid los ojos y conoced vuestras singularidades».